

CARTA AL PROFESOR VICENTE CHULIÁ —in memoriam—

Querido Vicente:

Al enterarnos un grupo de amigos comunes de tu reciente e inesperada muerte, me encargaron escribir un editorial para la revista. Tras pensarlo un momento, decidí que lo que quería era ponerme de nuevo en contacto contigo —no me hago a la idea de que no estés— y por eso te escribo esta carta en nombre de todos.

La recibirás en el cielo, ese cielo azul valenciano al que seguro que has subido en ese helicóptero que se te negó para trasladarte a intentar curarte tras tu accidente, y que tan bien conoces tras haber volado tantos fines de semana en tu Comunidad Valenciana, ayudando a salvarse a los accidentados de tráfico.

¡Qué terrible paradoja! A ti, que te dejabas jirones para implantar el SAMU de Valencia, que instruiste a tus paisanos y nos instruiste al resto de sanitarios adentrándonos en los principios de la Asistencia Médica Urgente, te ha fallado la atención más elemental cuando más la necesitabas y también, paradójicamente, te afectó críticamente un traumatismo torácico, precisamente una de tus líneas de investigación preferenciales actualmente.

Tuve el privilegio de conocerte en el Congreso extraordinario de la SEMECA (Sociedad Española de Medicina de Catástrofes) que organizó Ignacio Sánchez Nicolai en Pamplona, va ya para 15 años. Me descubriste entonces, y creo que también a muchas más personas, una visión de la Medicina que no nos habían explicado ni en los libros, ni durante los años de la carrera, ni durante la especialización, y que consistía en situar la enfermedad y la Medicina en un contexto humano y social que le daban un significado diferente, concreto, auténtico y grandioso. Creo que tu forma de explicar la Medicina de Emergencias y Catástrofes nos contagió el interés por adentrarnos en ese mundo a muchos sanitarios que actualmente seguimos tratando de descubrir algunos de sus misterios.

Desde ahora vamos a añorar tus diapositivas con fondo rojo, tu andar rápido y decidido por la tarima del aula o del salón de actos, tus voces de dirección en un simulacro, el acierto en la elección de una palabra adecuada para definir un concepto y tu valentía para expresar con convicción tus ideas, aunque esto último te haya costado noches de mal dormir.

Nunca te agradeceremos lo suficiente, quienes tuvimos el privilegio de conocerte más en profundidad, tu capacidad para encontrar siempre en el curso de reuniones científicas, congresos o actividades similares,

un rato para llevarnos a ver una exposición de pintura interesante que casualmente se acababa de inaugurar o que estaba próxima a clausurarse, a escuchar una conferencia sobre Vicente Blasco Ibáñez, a ver la remodelación arquitectónica de un barrio de París o a una fiesta popular. ¡Recuerdo emocionado el día de la mascletá de este año, con tu nieta en brazos! Siempre nos sorprendió tu capacidad de información respecto a los eventos y manifestaciones artísticas y tu extraordinaria sensibilidad para descubrir esos aspectos de la expresión humana y para hacérnoslas sentir a quienes no tenemos ese don.

La conjunción de tus estancias en hospitales extranjeros prestigiosos (Henry-Mondor de Breteil-París, Jackson Memorial de Miami, etc.), y tu continua y actualizada información científica, fruto de una incansable curiosidad por saber y descubrir, junto a tu temperamento sanguíneo y vitalista, probablemente por tu origen mediterráneo, hacía que el rigor del conocimiento conceptual se mezclase con la fantasía y la imaginación creativa, dando por resuelto una amalgama extraordinaria, que hacía que temas y conceptos suficientemente aburridos o poco atractivos, se convirtiesen en objeto de investigación ulterior, cuando tú los explicabas.

Tuviste épocas duras, sobre todo en los últimos tiempos, por tu accidente doméstico o también en otros casos, debido probablemente a tu carácter luchador, íntegro e inconformista (tú mismo te denominabas heterodoxo), pero después del mal rato, se te acababa reconociendo la razón, y no ya por quienes nos considerábamos tus amigos, sino por los tribunales de Justicia, y de manera aparentemente injusta, nos inexplicable, ahora que acababas de salir de una de esas épocas malas, no has tenido ni tiempo de disfrutarlo con Pilar, tu mujer, tus hijos y nietos, tu amigo Ricardo y todos nosotros.

¡Vicente! Te nos has ido, pero no del todo, porque has dejado algo que te trasciende y que permanece, y es el fruto de tu ejemplo. Que tu trayectoria, tus enseñanzas, tus escritos y tus trabajos, y la admiración y el respeto que sentimos hacia ti hagan que en España no se produzcan más muertes como la que desgraciadamente a ti te esperaba.

Que Dios te bendiga.

Gracias por todo y ¡hasta siempre!

Antonio Hernando Lorenzo